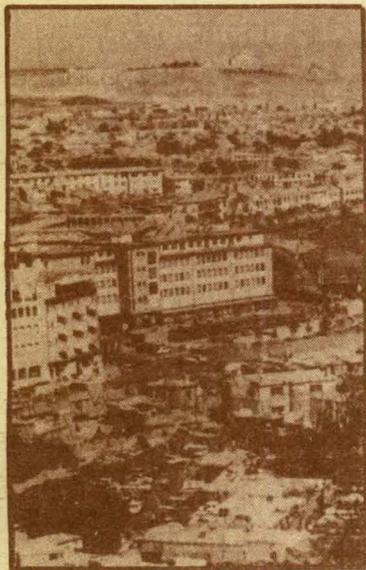




Otros Extremos

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Kabul, la capital de Afganistán.

Lejana como parece, la situación de Afganistán entraña diversas formas de cercanía con nuestro país, y le supone varias consecuencias. No se trata sólo de la similitud fundamental que consiste en la vecindad de una pequeña nación, aquélla apenas en trance de construcción, con una enorme potencia, sino de otras circunstancias. Ellas son, entre otras, las que atañen a nuestra diplomacia, a nuestra política interna y a nuestra economía.

México entro, de rebote, en el Consejo de Seguridad, después de que el bloqueo norteamericano impidió el acceso de Cuba a este órgano de las Naciones Unidas. Tuvimos allí un comienzo singularmente difícil: la votación sobre la entrada de tropas soviéticas en Af-

ganistán. México votó, naturalmente, en contra de esa injerencia. No podía ser de otra manera, ya que no sólo hemos sostenido la tesis de la no intervención en cuanto foro internacional se pone a nuestro alcance, sino que históricamente hemos padecido perniciosas consecuencias de invasiones foráneas. Ni siquiera era posible pensar en la abstención, como se hizo una semana después, razonándola, el tratarse de eventuales sanciones a Irán. Como ejercicio retórico hubiera sido posible encontrar matices históricos y políticos para no condenar tan tajantemente la intervención soviética, pero hubiera sido una actitud riesgosa políticamente. Ya mucho se ha apartado nuestra diplomacia, en los últimos meses, de los designios norteamericanos como para entrar en enfrentamientos tan abiertos también en una ocasión como ésta.

Sin embargo, es preciso no rasgarse las vestiduras ante la presencia soviética en Kabul. Cierto es que las condiciones de la sociedad internacional han evolucionando de tal forma que los precedentes no siempre son aplicables. Pero no está mal hacer presente que la propia existencia de los Estados Unidos, el país que ahora se considera tan ofendido por la actitud soviética, fue posible por un acto de intervención, el de Francia, en favor de los revolucionarios que no podían por sí mismos expulsar a los dominadores británicos. Y de la misma manera en que Moscú ha justificado su entrada en Afganistán: el llamado de un gobierno legítimo que no puede bastarse a sí mismo, el propio de Washington fundó su larga permanencia en Vietnam en la solicitud de ayuda que le había formulado el régimen de Saigón. No se trata de trivializar las invasiones, ni de pretender un casuismo que resultaría caótico, pero sí de recordar que, según la conocida expresión, todos los gobiernos tienen cadáveres en el closet. Otra cosa es, por supuesto, el riesgo real que para la paz del mundo se desprende de la confrontación derivada del problema afgano. Pero no ha de ser la presencia de tropas soviéticas en un país extranjero, como un fenómeno en sí mismo, lo que debiera causar nuestra severísima condena.

La dificultad de matizar estas complicadas situaciones, por el peligro de parecer favorecedor de una intromisión extranjera, se ha reflejado en las actitudes de los partidos de izquierda en México. Ello es el segundo género de consecuencias al que queremos referirnos. De los partidos y grupos que forman la Coalición de Izquierda, tres se expresaron apoyadores o disculpadores de la

decisión soviética mientras que el partido que más notoriamente "vive del oro del Kremlin" u "obedece a sus amos de Moscú" —según la jerigonza de los anticomunistas vocacionales y de oficio—, el Comunista Mexicano, condenó esa resolución.

Como es imposible considerar todo como un valor entendido, como una simple puesta en escena para beneficio de bobos, en que el autor de un guión reparte papeles a los protagonistas, hemos de pensar en si esta diferencia de criterios, independientemente de sus fundamentos, podrá repercutir en la naturaleza misma de la coalición. Nuestra primera impresión es que el asunto resulta de tal modo circunstancial, no obstante su importancia sustantiva, que no alcanzará por sí mismo a violentar los acuerdos que han suscrito estos partidos para actuar juntos electoral y parlamentariamente.

Otras vinculaciones, de mayor hondura, han posibilitado la unión de la izquierda. La propia conciencia de su debilidad, las circunstancias formales que impiden a los partidos más pequeños valerse por sí mismos, la creciente claridad para definir y caracterizar a los enemigos principales y los subsidiarios, etcétera, ha permitido que esos grupos actúen conjuntamente. Asimismo, en paradoja que es sólo aparente, muchas de las circunstancias que hicieron posible la unión actuarán en sentido contrario. La coalición de izquierda es sólo fruto de un pacto de ocasión. Y aunque no se hayan advertido todavía, por fortuna, fisuras en su presencia en la Cámara de Diputados, no será remoto que, por ejemplo el Partido del Pueblo Mexicano busque hacer dentro de dos años su propia vida electoral, dejando a un lado las muletas de que debió obligadamente servirse ahora. La separación, si ocurre, no será divorcio pleno, pero aun si lo hubiera las causales serán diversas de este diferendo sobre la acción soviética en Afganistán.

En el tercer terreno que apuntamos al comienzo de este artículo, en cambio, sí hay una repercusión clara de los sucesos a que nos referimos. Se trata de la lotería que estos hechos dejaron en las escarcelas mexicanas. El embargo de granos que hubieran debido entrar en el mercado soviético nos puso en condiciones de comprar alimentos que en otras circunstancias hubiéramos debido buscar en otras partes. No podemos ser, sin embargo, tan cínicos de alegrarnos de las condiciones en que hemos podido enfrentar un grave problema. En la década anterior a la pasada, cuando el triunfo de la revolución de Castro supuso el inicio del bloqueo y la cancelación de las compras de azúcar a Cuba, nuestra industria se vio favorecida por esa circunstancia. Mal hubiésemos hecho si por consideraciones políticas nos hubiéramos negado a aumentar, como ocurrió, masivamente nuestras exportaciones al mercado norteamericano, aun si nos hubiera quedado claro que con ello le hacíamos el juego a los intereses de Washington. El bloqueo hubiera perjudicado por igual a los norteamericanos si no hubiese encontrado un proveedor suplente y gustoso como lo fuimos entonces.

Ahora la situación se ha planteado en términos semejantes, aunque en esta oportunidad entramos en la relación como compradores y no como vendedores. La decisión política de no vender grano a la Unión Soviética, como parte de las represalias que el gobierno de Washington se sintió obligado a ejercer, hubiera repercutido negativamente para la economía norteamericana de no haber entrado México en el asunto. Así nos hicimos objetivamente aliados de Carter en sus sanciones, aunque de ello se derive un sustancial beneficio para nuestra economía. Aceptamos el hecho simplemente, pero sin olvidar su origen y mucho menos sin congratularnos de nuestra suerte, que ha creado las circunstancias propiciatorias de este inesperado abasto.